

La metáfora del caracol o la transferencia de valores simbólicos en los migrantes mexicanos en Canadá



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

*Alicia Verónica Sánchez Martínez**

Resumen

El propósito de este trabajo es dar a conocer cómo la migración de los trabajadores agrícolas mexicanos a Canadá ha repercutido en sus hábitos alimenticios. La transferencia de las prácticas culinarias, en tanto que son valores simbólicos de una sociedad, influyen en gran medida en la percepción que los migrantes y sus familias tienen del cambio de hábitos culturales que los afecta de manera definitiva. El proyecto se inició en 2003 con entrevistas a los migrantes o a sus familiares para que nos informaran sobre las prácticas cotidianas de dichos trabajadores. A su regreso al hogar, los migrantes vuelven con nuevos modos de vida.

Palabras clave: migración, alimentación, cultura, memoria, familia

Abstract

The purpose of this work is to show the way in which the migration of agricultural workers to Canada has affected their eating habits. The transference of cooking practices –as symbolic values of a society– affect, to a great extent, the perception of migrants and their families concerning the change of cultural habits, which affect them in an unquestionable way. This project started in 2003, carrying out interviews to migrants and their families in order to collect information about their daily practices of such workers. When they come back home, they return with new ways of life.

Key words: migration, eating habits, culture, memory, family

* Profesora-investigadora del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Monterrey.
alicia.veronica.sanchez@itesm.mx

Introducción

La alimentación es uno de los valores más importantes en la cultura, ya que además de ser un factor que identifica a los diferentes grupos sociales como partes de una misma cultura, es el elemento fundamental para su sobrevivencia. Al analizar los platillos tradicionales de una comunidad es posible hacer un recorrido y una reconstrucción histórica de las costumbres de las distintas culturas que poblaron e hicieron posible el desarrollo de México. A lo largo de su historia, una serie de culturas se han amalgamado y han compartido costumbres y hábitos alimenticios que, con el tiempo, han desarrollado una variedad de alimentos que aún se conservan y que reflejan los gustos culinarios de cada región del país; esto, sin olvidar que también la tecnología ha generado nuevas prácticas culinarias.

La cocina mexicana constituye un mapa de lugares y hechos históricos que, mediante las recetas, nos permiten viajar en el tiempo. Es interesante observar que los platillos mexicanos típicos presentan siempre, como mínimo, un ingrediente prehispánico, lo cual se suma al hecho de que los mexicanos, en general, sin importar la clase social ni de qué parte del país sean, en innumerables alimentos utilizan las tortillas de maíz en alguna de sus múltiples y variadas modalidades. Sin embargo, en el caso que estudiamos, los trabajadores mexicanos que viajan a Canadá son afectados en sus costumbres alimenticias, pues deben transformar su tradicional manera de comer con guisos e ingredientes mexicanos, para adaptarse a otras condiciones de alimentación.

En el transcurso de la historia de las prácticas culturales se observa un continuo ir y venir entre el presente y el pasado culturales. Esto es lo que sucede con los rituales culinarios que, por medio de la memoria cultural, hacen que los platillos de diferentes épocas interactúen en las situaciones cotidianas y festivas. Esta memoria de la colectividad es un mecanismo que permite a los grupos sociales identificarse como elementos de una cultura, tal como ocurre en México. El

diálogo que se establece a través de los distintos platillos, si sabemos interpretarlo, nos ayuda a conocer el lenguaje culinario de una cultura y las etapas históricas por las que ésta ha pasado.

El propósito de este trabajo es dar cuenta de cómo la migración de los trabajadores agrícolas mexicanos a Canadá ha afectado sus hábitos alimenticios. La transferencia de las prácticas culinarias, en tanto que son valores simbólicos de una sociedad, repercute en la percepción que tienen los migrantes y sus familias del cambio de hábitos culturales al que se encuentran expuestos en los procesos migratorios.

Características del migrante mexicano

La migración de mexicanos a Estados Unidos y a Canadá es un fenómeno cultural que plantea problemas sociales y políticos. La falta de trabajo, aunada a la pobreza, son los principales factores que provocan la movilización de poblaciones enteras de hombres que dejan a sus familias y a su país con el fin de buscar una vida digna para sus seres queridos. Los mexicanos que migran a otros países pertenecen, sobre todo, a los estratos socioeconómicos más pobres, como es el campesinado, y provienen de las zonas rurales en donde no existen fuentes de trabajo.

Es importante destacar que la mano de obra de los migrantes mexicanos en Estados Unidos y en Canadá es vital para las economías de dichos países, ya que los trabajos que realiza son, en su mayoría, rechazados por los ciudadanos de aquellas dos naciones, quienes los consideran los trabajos más pesados y menos remunerados en la actualidad; como señala Basok (2002: 64), son pocos los nativos canadienses que aceptarían esta clase de empleos.

Para acceder al trabajo, el migrante mexicano debe tener una serie de “valores” que la cultura canadiense requiere: conocer las labores agrícolas del tipo horticultor-recolector; estar casado y, de preferencia, tener hijos; además de ser joven y saludable.

Un problema que surge con la migración, y que no ha sido estudiado, se relaciona con el cambio producido en el migrante que llega a Canadá y tiene que enfrentarse, entre otras cosas, a diferentes hábitos alimenticios. El migrante, habituado a cierto tipo de prácticas culturales, debe adaptarse a los patrones culturales del país que lo acoge. En muchos procesos de migración, las personas llevan consigo sus platillos al país a donde se dirigen, por ejemplo Estados Unidos y Canadá, en donde se encuentra lo necesario para cocinar a la mexicana, a la peruana, etcétera, como puede observarse en la siguiente entrevista:

- ¿Sí conseguía lo que comía aquí, o comía lo de allá?
- Pos íi, o sea, varía un poco, varía un poco. Sí hay lo que hay, lo que hay aquí pero después allá luego hay otras cosas [...]
- ¿Entonces sí comió de la comida de allá?
- Sí.
- Nos han dicho que hasta sus tortillas se hacían allá. ¿Ustedes se hacían tortillas?
- También.
- [...]
- ¿Pero las hacían de maíz o de harina?
- De harina. No, pos allá el maíz no [...] las parcelas [...] nada más lo tienen para el ganado [...]
- ¿Y el chile? Tampoco, ¿no?
- Chile sí hay. Es que...¹

En esta entrevista se muestra el cambio de hábitos alimenticios del migrante en Canadá. Éste, al buscar la conservación de sus hábitos, debe transformarlos, adaptándose a los bienes de consumo que encuentra en el lugar; en ese sentido, la tortilla de harina (de trigo) cumple el papel de las tradicionales tortillas de maíz, pues este grano no se encuentra en el mercado de la localidad.

Es relevante exponer un panorama general sobre algunas actividades que realizan estos grupos de migrantes mexicanos en Canadá para encontrar soluciones a los problemas a los que se enfrentan en el país que les ofrece un trabajo remunerador, el cual, desgraciadamente, no pueden obtener en México. La presente investigación analiza la manera en que se efectúan las *transferencias culturales* que llevan a cabo los migrantes en su travesía geográfica y laboral.

Ejecutamos un proyecto que inició en 2003 y que ahora es apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y el Gobierno de Guanajuato. En la primera fase se entrevistó a los migrantes y a sus familiares para que nos informaran de las prácticas cotidianas de los trabajadores migrantes. Entre las preguntas, consideramos importante que nos describieran sus prácticas culinarias durante su estancia en Canadá y qué cambios observaban en estos hábitos a su regreso. Cabe señalar que la mayoría de los migrantes son originarios de zonas rurales de Guanajuato y Michoacán, dos estados del centro de México. Asimismo, la mayoría de las respuestas que obtuvimos provinieron de las esposas de los trabajadores migrantes, pues cuando realizamos las entrevistas ellos no

¹ Entrevista con Fernando Jurado Ramírez, migrante, 50 años. Vive en Santiago Capitiro del municipio de Jaral del Progreso, Guanajuato. Participó durante ocho temporadas en Quebec y Toronto.

estaban en casa. Los datos que aportan las esposas son significativos, ya que son ellas quienes observan las modificaciones de las prácticas alimenticias, como queda de manifiesto en este testimonio:

- Lo que a nosotros nos interesa también es, por ejemplo, de la comida. ¿Qué le comenta de cómo come allá? Sí le dan bien de comer, o qué come...
- Ellos compran. Pos ellos solos se preparan. Él hace su comida.
- ¿Sí? ¿Él hace su comida?
- Sí, dice que hay unos que no saben echar/hacer tortillas [...] Andan en los puros huesos.²

En este ejemplo se observa la necesidad que tienen los migrantes de saber hacer sus propias comidas, además de las indispensables tortillas para evitar “andar en los puros huesos”.

La alusión a las comidas proporciona al analista del discurso el material básico para estudiar las prácticas culturales y la transferencia de saberes que portan los migrantes como parte de su identidad cultural. En cualquier cultura, las prácticas sociales revelan los “gustos” que los sujetos tienen para comer ciertos alimentos y rechazar otros. De esta manera, los alimentos que se consumen reflejan las preferencias y las disposiciones que constituyen parte del *habitus* (Bourdieu, 1996) que los grupos sociales practican y que aparecen en sus discursos al constituir expresiones del sistema cultural y remiten a procedimientos que han sido realmente probados y automatizados por los sujetos emisores desde su ubicación social. En consecuencia, las comidas tradicionales sirven como indicador sociológico y permiten delimitar la *semiosfera culinaria* de los migrantes –concepto que adaptamos de Lotman (1984)–, que es el espacio simbólico dentro del cual se produce la semiosis que la cultura traduce en signos-comidas, parte del patrimonio intangible de la cultura que identifica y distingue a los migrantes mexicanos.

Nuestros gustos y preferencias se desarrollan de manera diferente y de acuerdo con los lugares que se manifiestan como los espacios geográficos, donde los agentes, grupos o instituciones que se hallan colocados tienen más propiedades en común cuanto más próximo estén en este espacio (Bourdieu, 1988: 130). El *habitus* es, entonces, producto de los condicionamientos sociales que influyen en el individuo, quien a su vez se clasifica y se expone a ser clasificado al elegir,

² Entrevista a Guadalupe Arvizu –esposa de Juan Rangel, “Juan Gabriel”– e hija. Entre ocho y nueve años de participar en el programa. Localidad de Santiago Capitiro del municipio de Jaral del Progreso, Guanajuato.

conforme a sus gustos, diversos atributos como son la vestimenta, los alimentos, las bebidas, los amigos, etcétera (Bourdieu, 1988: 135). Este sistema de disposiciones para la práctica da lugar a conductas regulares que se pueden prever y que realiza cada grupo social según su posición y el habitus adquirido como una posición en el mundo social. Estas operaciones rutinarias y repetitivas hacen que las comidas tengan significados diferentes en función de los grupos sociales que manifiestan distintos gustos y preferencias, por lo que debemos reinterpretar el papel que cumple el sistema culinario del migrante mexicano en la cultura canadiense.

De acuerdo con Bourdieu, en los gustos por las comidas es donde puede verse la marca más fuerte e inalterable de los aprendizajes primitivos, pues los alimentos son una de las prácticas culturales que más tiempo sobreviven al alejamiento o al derrumbamiento del mundo natal y cuya nostalgia se mantiene de forma más duradera. El mundo simbólico es entonces:

el mundo maternal, el mundo de los gustos primordiales y de los alimentos originarios, de la relación arquetípica del bien cultural en el que el prestar un servicio agradable forma parte integrante del placer y de la disposición selectiva hacia el placer que se adquiere en el propio placer (Bourdieu, 1988: 77).

Los habitus condensan significados importantes para la cultura, ya que son formas de clasificación originarias y su eficacia se debe a que funcionan más allá de la conciencia y del discurso; están en los preconstruidos culturales que los sujetos absorben en y de su cultura, por lo cual son prácticas fuera del control de la voluntad del sujeto.

Migración e historia: la memoria culinaria de los migrantes

Según los planteamientos de Lotman, la principal característica de la memoria cultural es estar en permanente evolución; sin embargo, este dinamismo no la altera en su conjunto. El cambio continuo permite la constante renovación de la cultura al traer desde la periferia o frontera simbólica textos culinarios que llegan del exterior y se ubican en el centro o “núcleo” de la cultura (Lotman, 1984: 26).

Toda cultura se presenta como “el lugar” de las prácticas compartidas, de la identificación de los hábitos culturales. Las fronteras son los lugares de encuentros y desencuentros entre dos o más naciones, pero también espacios de búsqueda

de lo nuevo. La frontera no es sólo un ámbito geográfico sino también uno simbólico, puesto que funciona como un filtro a través del cual las culturas interpretan y traducen la información que les llega de otra(s) cultura(s). A continuación observamos esas fronteras simbólicas a las que se enfrenta el migrante.

- ¿Pero entonces nadie les cocinaba allá a ustedes?
- No, nadie. Nosotros elaborábamos todo.³

Para el migrante, lo ajeno es cocinar y comer adaptándose a lo que encuentra, como son los frijoles en lata. La frontera es también el lugar de dos espacios y es generadora de la “autoconciencia” cultural, donde se procesa y se traduce (de manera incorrecta) la información recibida, por lo tanto el mensaje no es interpretado adecuadamente sino que se presenta como “extraño” o “ajeno”, a diferencia del mensaje que al traducirse correctamente identifica la información como “propia” (Lotman, 1984: 26).

Otro concepto muy ligado a las fronteras es la memoria de la colectividad y se refiere a que la cultura necesita construir mecanismos para evitar el olvido y su desaparición y así sobrevivir (Lotman, 1971: 175). Las prácticas culturales permanecen en la memoria cultural mediante tres mecanismos: el primero es el aumento del volumen de conocimientos. En el caso de las comidas, ese aumento puede ejemplificarse en la época de la conquista española, cuando a la variada y rica serie de platillos culinarios indígenas se sumaron los que trajeron los españoles. Así también hoy en día encontramos que la globalización ha dado lugar a una ininterrumpida transferencia de prácticas y platillos provenientes de otros lugares sean éstos distantes o cercanos.

El siguiente mecanismo de la memoria cultural es por medio de la reorganización constante de los contenidos culturales. La cultura va adaptándose a las innovaciones tecnológicas, lo cual es evidente en los platillos que han cambiado la manera de prepararse y sus variedades. Un ejemplo de los cambios tecnológicos es la forma de hacer las tortillas de maíz: en la época precolonial, las tortillas se hacían con nixtamal, el cual se preparaba desde un día antes con agua y cal para suavizar el grano y luego ser molido en el metate. Esta técnica ancestral ha caído en desuso en la mayor parte de México, no obstante, todavía puede encontrarse en ciertas zonas del país muy apartadas. En la actualidad, lo común es que las tortillas de maíz se compran ya hechas o se elaboren con harina preparada

³ Entrevista con Rafael Aguilar, migrante, 54 años. Localidad de San Nicolás de los Agustinos en el municipio de Salvatierra, Guanajuato. Participó cuatro años en Toronto y Quebec.

conocida con el nombre comercial de Maseca. En el contacto con la cultura canadiense, los migrantes mexicanos adoptan nuevos hábitos alimenticios que hacen posible adecuar sus gustos a nuevas prácticas culinarias.

El tercer y último mecanismo de memoria es el olvido. Aunque parezca paradójico, dentro de una cultura las prácticas culinarias hacen que ciertos alimentos se olviden, lo que permite que otros platillos aparezcan y tomen su lugar en un continuo vaivén entre el olvido y el recuerdo. Con todo, el olvido no significa que los textos culinarios dejen de existir en la memoria cultural; por el contrario, este olvido se refiere a que los textos son relegados a la periferia simbólica de la cultura y se mantienen como un recuerdo que puede ser recuperado en el futuro. En México, existe una amplia variedad de platillos tradicionales que forman parte de la identidad mexicana: los tamales, el mole y los diferentes tipos de platillos preparados con tortilla de maíz: tacos, tostadas, enchiladas, etcétera. Entre los platillos cotidianos indispensables en la cultura mexicana se encuentran los tradicionales frijoles en sus distintas modalidades: “a la charra”, “refritos”, “con veneno” o “en bola”; y no podemos dejar de lado el otro ingrediente básico en la dieta de los mexicanos: las salsas, hechas con alguna de las 43 variedades de chile que se producen en el país.

Empero, también hay platillos que aparentemente han sido olvidados y que los guisaban nuestras abuelas, quienes pasaban mucho tiempo cocinando los alimentos para cada comida. Otra manera de olvido se lleva a cabo mediante la exclusión de los alimentos que pierden “valor” en determinadas épocas o grupos sociales: por ejemplo, las múltiples recetas indígenas que fueron relegadas con el arribo de los españoles. Por otra parte, hoy en día encontramos que la “moda” hace aparecer y desaparecer platillos que no son valorados de manera positiva, como el caso de las tortillas (de maíz o de trigo), que en ciertos grupos sociales no se consumen porque lo actual es ser “delgada”. Este aspecto es interesante, pues en los estratos de bajos recursos económicos no hay moda sino tradición: se consumen los alimentos que por generaciones han sido parte de los hábitos de las familias, lo cual es lógico, pues la moda requiere mayores recursos económicos: ir al restaurante o preparar lo que está de moda implica gastos que las clases sociales pobres no pueden hacer.

Vemos que a pesar de que existe un “núcleo” en todos los grupos sociales donde se manifiestan preferencias o hábitos similares, también hay diferencias. Lotman considera estas diferencias “lenguajes particulares” que reflejan tanto los rasgos individuales como los del grupo de pertenencia (Lotman, 1974: 78).

Al observar el consumo de los alimentos es posible establecer la identidad de los consumidores, que a través de la memoria cultural se manifiesta en el migrante.

En Canadá, éste tiene que readaptar sus prácticas al nuevo espacio cultural: la preparación y el consumo de ingredientes que encuentra en sus visitas, una vez por semana, a la *marketa* canadiense (el lugar donde se abastece). Además, el factor económico es esencial en el consumo de alimentos, ya que lo predispone a utilizar aquellos que generalmente son los más baratos.

La metáfora del caracol o la transferencia de valores simbólicos

La migración de los trabajadores agrícolas mexicanos presupone una transferencia de los valores simbólicos que una cultura imprime en sus habitantes. En este sentido, los trabajadores “transportan”, además de su mano de obra, una serie de prácticas tanto discursivas como simbólicas. Estas transferencias simbólicas estructuran la cotidianidad del sujeto migrante. Así ocurre con Manuel García, quien lleva a Canadá algunos de los ingredientes necesarios para cocinar como en México. Su esposa, Lidia, lo explica:

- ¿Y de aquí qué se puede llevar?
- Pues chile molido [...] Todo molido.
- ¿Y allá él se prepara?
- Sí.
- ¿Pero como cuánto le cabe en la maleta?
- Lleva, lleva un kilo de cada cosa [...] Cuando tiene dinero lleva, y cuando no pos no lleva.⁴

Para los campesinos mexicanos, el desplazamiento implica un cambio drástico, porque no sólo se “transportan” de un país a otro, sino que, en ese cambio, se trascienden maneras de ser y de vivir. El migrante debe aprender rápidamente un nuevo estilo de vida, pero, como desconoce el idioma inglés, se enfrenta a una barrera ideológica y cultural muy importante para la comunicación y el intercambio social.

La metáfora del caracol se aplica muy bien a los migrantes: estos trabajadores mexicanos “cargan” con su “casita con los valores simbólicos” que son la familia, su identidad de mexicano, sus costumbres y hábitos, su religión, los conocimientos agrícolas y su trabajo.

⁴ Entrevista, San Pedro de los Naranjos, municipio de Salvatierra, Guanajuato.

La pobreza y la necesidad de trabajo hacen que los migrantes sacrifiquen el más sagrado de los valores que poseen: su familia. En consecuencia, su pérdida es un factor esencial para el migrante, ya que uno de los aspectos culturales más significativos del mexicano son sus fuertes raíces familiares, que abarcan no sólo a la familia inmediata sino también a los abuelos y demás parentela, sin contar que las relaciones de amistad son asimismo un núcleo fuerte en su cultura. Entonces, la separación de la familia es en sí un elemento de tensión que conlleva a que tanto el migrante en Canadá como su familia en México tengan que soportar la nostalgia por el ser querido ausente. Por otra parte, hay un factor común en casi todas las entrevistas realizadas: las esposas de los migrantes señalan que la partida del padre de familia produce que los hijos se enfermen, hecho que demuestra la fuerte influencia familiar.

La religión es otro aspecto que debe estudiarse a fondo, pues el migrante lleva consigo su ideología: la virgen de Guadalupe es un icono del que no puede prescindir. Para soportar la ausencia de sus seres queridos en su nuevo "lugar", debe encomendarse a la protección divina que le proporciona la "Virgen Morena".

La paradoja del migrante mexicano es que se encuentra en una periferia y es "transferido" a otra. En México, está en la periferia cultural, ya que es un grupo social marginado por la pobreza: no tiene educación ni trabajo, por eso debe emigrar. Además, aunque el trabajo del migrante es indispensable, su presencia es invisible para la "otra cultura", su lugar en el otro país es una especie de lo que atinadamente Augé denomina el "no lugar" (1996): estar "ahí" sin ser percibido por la cultura que lo recibe. Este aislamiento no es sólo de lugar sino de lenguaje, que es una frontera para la comunicación del migrante, quien sólo se comunica con los otros migrantes.

La *marketa* y la nostalgia por los sabores de casa

La transferencia de una cultura a otra implica una adaptación a las nuevas situaciones y, por lo tanto, es un cambio que tiene mucho de doloroso. Un aspecto al cual el migrante debe adecuarse tiene que ver con los alimentos que "carga" en sus haberes simbólicos, que van a ser reclamados como parte de los hábitos culturales. De ahí la importancia que tiene la visita a la *marketa*, el lugar donde se buscan los ingredientes que forman parte de las comidas tradicionales: los chiles para hacer las salsas y las tortillas o, en su defecto, la harina para elaborarlas. Es el sitio en el cual se arremolinan los recuerdos de los sabores de la casa: en la *marketa* o *market*, en su única salida del trabajo, cada semana los migrantes se aprovisionan

de los alimentos e ingredientes que forman parte de su dieta cotidiana: harina de trigo, frijoles de lata y los indispensables chiles.

Un común denominador en las entrevistas a familiares de los emigrantes son las referencias a la familiaridad con que el migrante plantea que él es quien hace sus comidas con los alimentos que puede conseguir en la *marketa*. Por otra parte, los migrantes señalan como un elemento destacado en sus dietas comprar las tortillas de maíz, aunque la mayoría de las veces se enfrentan con el hecho de sólo tener acceso a la harina de trigo, con lo cual compensan el hábito cultural del consumo de tortillas de maíz. Esto es relevante, ya que se manifiesta un hábito que por generaciones ha dado lugar a llevar los alimentos a la boca ayudados por “la cuchara de los pobres”: la tortilla de maíz.

La nostalgia por la familia y los recuerdos de la casa se ven recompensados por las remembranzas de los sabores en sus “paseos domingueros” a la *marketa*, en donde los migrantes tienen la oportunidad de comprar aquellos ingredientes que identifican como parte de sus hábitos culturales.

La transferencia de prácticas culturales es una muestra de la memoria que guardan los migrantes, quienes llevan consigo una historia de sabores y de sabores que los identifican y, a la vez, los “distinguen”, pues el consumo de mercancías, como los alimentos, son formas peculiares de comunicación. Así, la elección que hace el migrante de ciertos alimentos es parte de un intento por imponer su identidad y sentido de pertenencia en un medio ambiente que le es extraño.

Los migrantes son sujetos que han transferido su trabajo y su consumo alimenticio del conjunto del esquema social al que pertenecen a otra cultura. La transferencia de los valores simbólicos hace que traten de adaptarse al nuevo y desconocido ambiente, lugar al cual, sin embargo, tendrán que acostumbrarse de manera rápida para poder llevar a cabo su trabajo.

Para Douglas e Isherwood (1990) existen tres funciones del consumo: bienestar material, bienestar psíquico y exhibicionismo. El consumo de los migrantes se relaciona con el bienestar psíquico, lo que les permite reconocerse como parte integral del sistema social al que pertenecen: el mexicano.

El regreso al hogar añorado: transferencias interculturales

La llegada del migrante a su casa después de una temporada de trabajo, que puede durar desde tres hasta nueve meses en Canadá, es motivo de fiesta familiar. A su regreso, la esposa lo agasaja con comidas especiales que sabe que le gustan

y la familia vuelve a sentirse completa. Por otro lado, las esposas y los migrantes manifiestan que el dinero que logran ahorrar de los empleos en Canadá lo utilizan, sobre todo, en la educación de los hijos, en la construcción de sus casas y en la salud de la familia.

El consumo de alimentos es una actividad ritual, ya que las comidas son un microcosmos de una variedad más amplia que constituye la cultura como un todo. Entre los gastos más importantes de los campesinos están los alimentos, que son artículos de primera necesidad. De acuerdo con Douglas e Isherwood (1990), son mercancías de las que siempre se compra la misma cantidad, sin tener en cuenta las modificaciones en precios y salarios, pues son tan necesarias para los sujetos consumidores que se siguen comprando aun cuando disminuya el ingreso económico. Los pobres gastan la mayor parte de su ingreso en alimentos.

Cuando regresan, la necesidad de muchos migrantes hace que se transfieran nuevos modos de vida al hogar: ahora colaboran con sus mujeres en las prácticas culinarias (pues son ellos quienes cocinan o ayudan a sus esposas a preparar los alimentos), porque para ellos es importante saber elaborar los guisos y ser capaces de imitar los sabores de la casa en Canadá.

El migrante ya no sólo consume los alimentos, sino que aprende una nueva práctica: la culinaria. Este cambio en sus hábitos es también una nueva visión simbólica del mundo. A través de los “nombres” de las comidas es posible comprender los procesos cognitivos que sintetizan la visión que el migrante tiene de su mundo y el consumo que realiza. Este análisis permite comprender la naturaleza de los “bienes” y los nombres como las partes accesibles de un sistema de información que nos proporciona el migrante y su familia mediante las entrevistas sobre el problema del consumo alimenticio. El migrante necesita los bienes materiales que le ofrece la *marketa* para obtener los requerimientos de alimentación propios de su hábito cultural; estos bienes tienen que estar presentes en los rituales de consumo de las personas.

Conclusiones

Los trabajadores mexicanos se han convertido en estructuralmente necesarios para la horticultura canadiense, de modo que la política de las autoridades en Canadá debe enfocarse en los estudios relacionados con la satisfacción de sus necesidades primarias.

En cuanto a las comidas, es indispensable que se implementen estrategias que permitan el ingreso de ingredientes básicos para la dieta de los migrantes:

tortillas de maíz, frijoles y chiles (que son los elementos mínimos requeridos para su alimentación cotidiana).

Las comidas forman parte de un sistema cultural y es importante comprender la información que transmiten los migrantes y sus familias durante las entrevistas. Para evitar romper con los hábitos culturales que son ancestrales en el migrante es crucial entender cómo se desenvuelve y los obstáculos a los que se enfrenta en Canadá. El análisis del consumo de alimentos de los migrantes es fundamental, pues permite revelar cómo las desigualdades sociales y culturales inciden en las prácticas simbólicas de estos individuos.

El consumo de los alimentos tiene significados sociales y sirve para mantener y establecer relaciones sociales. Por ello, es primordial establecer vínculos entre las autoridades canadienses y los migrantes mediante la comprensión del significado simbólico de los alimentos, ya que esto va aunado a los pesados trabajos que realizan los migrantes y ofrece una idea de los significados sociales que las comidas representan para dichos sujetos. Los alimentos son mercancías que tienen un uso social y cultural, y pueden usarse tanto como barreras o como puentes de comunicación entre dos culturas que se necesitan mutuamente.

La migración hacia Canadá se produce como un fenómeno social recurrente en México debido a las pobres condiciones de vida que a muchos les ofrece el país. Uno de los aspectos más ligados al simbolismo del mexicano es la familia y las comidas, sin embargo, dada la situación económica de los migrantes, éstos se ven forzados a sacrificar lo que es más valioso para ellos y desplazarse lejos de sus raíces y de su familia.

Otro aspecto interesante es la necesidad de los migrantes de saber cocinar en Canadá. Las dificultades en desarrollar esta práctica deben compensarlas a su regreso al hogar, de modo que las prácticas culinarias, donde la mujer era la hacedora, cambian con la ayuda del esposo, quien debe aprender a cocinar como si fuera una “ama de casa”; la transferencia de conocimientos culinarios de la mujer a su esposo le proporciona a éste, en Canadá, una manera de recobrar los sabores de la casa.

La metáfora del caracol se aplica adecuadamente en los migrantes, ya que estos trabajadores mexicanos “cargan” los valores más apreciados, entre los que se encuentran los recuerdos de la familia y sus hábitos alimenticios.

Los campesinos mexicanos que migran a Canadá son pobres y requieren apoyo y asistencia social que les ayuden a enfrentar con mejores expectativas el ambiente cultural al que llegan: enseñanza de la lengua, diversión, variedad de comidas e ingredientes mexicanos son aspectos que deben considerarse para darles un mejor ambiente laboral.

Bibliografía

Augé, Marc

1996 *Los "no lugares". Espacio del anonimato*, Gedisa, Barcelona.

Basok, Tania

2002 *Tortillas and Tomatoes: Transmigrant Mexican Harvesters in Canada*, Mc Gill-Queen's University Press, Montreal.

Bourdieu, Pierre

1988 *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid [1ª edición francesa, 1979].

1996 *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI Editores, Madrid.

Douglas, Mary y Baron Isherwood

1990 *El mundo de los bienes: hacia una antropología del consumo*, Grijalbo, México.

Lotman, Iury

1971 "Sobre el mecanismo semiótico de la cultura", en *La semiosfera III*, Cátedra, Madrid, pp. 168-193.

1974 "Un modelo dinámico del sistema semiótico", en *La semiosfera II*, Cátedra, Madrid, pp. 63-80.

1984 "Acerca de la semiosfera", en *La semiosfera I*, Cátedra, Madrid, pp. 21-42.